

Domingo 12 del Tiempo ordinario Ciclo A (Mt. 10, 26-33) - 21-06-2026

Todos conocemos esa emoción tan básica que es el miedo. Ella enciende una alerta para protegernos en circunstancias que sentimos amenazantes, ayudándonos a sobrevivir y a cuidar la vida propia y la de otros. Pero también sabemos por experiencia que puede ser muy mal consejero. A veces nos dificulta crecer, equivocarnos y volver a empezar; o convierte la proximidad en peligrosa indiferencia ante los demás; o va minando nuestra estima por medio de comparaciones que desalientan. Incluso nos lleva a mirar a Dios como un controlador que fiscaliza nuestra vida para premiar o castigar.

En manos de los poderosos, sembrar miedo es una táctica para oprimir, para acallar, para dividir. Nuestra historia guarda la memoria de lo que significa vivir en regímenes de miedo y amenaza. Hoy es usado de formas descaradas para justificar atropellos de un país sobre otro en nombre de la seguridad; para instalar relatos que dan paso a la desconfianza y al rechazo de determinados grupos; para convencernos de que valemos por lo que logramos consumir, y por lo tanto corremos el riesgo de ser descartados por un sistema que sigue su curso de eficacia y velocidad. Muchas veces se instala en nuestras comunidades y espacios de trabajo, de familia, de barrio bajo la resignada afirmación que nos encierra y paraliza: *no podemos hacer nada*.

Jesús percibe en la multitud que lo sigue y en sus discípulos cómo el miedo es capaz de debilitar la fuerza de la vida que quiere crecer. Por eso les dirá con insistencia, -tres veces en el texto de hoy,- y también a nosotros, **‘no tengan miedo’**.

No tengan miedo de quienes hacen de nuestra dignidad un premio a ganarse. Porque la vida de Dios en nuestra historia es una inmensa cosecha que ya está allí, que sólo necesita cosechadores: no es algo a conquistar con nuestras fuerzas, ni requiere que nunca nos equivoquemos; es un regalo del que participar comunitariamente.

No tengan miedo a quienes usan el miedo para confundir, para enredar la verdad, para levantar desconfianzas que rompen lo común. Nada puede impedirnos elegir compadecer, compartir, escuchar, trabajar juntos, crear, abrazar. Y descubrir allí una fuerza otra que nace del amor que hermana, y que va tejiendo desde abajo, pacientemente, un nosotros más amplio.

Nuestra realidad nos atemoriza por muchas razones. No es fácil discernir el camino, encontrar las palabras acertadas, descubrir por dónde la verdad se abre paso. Pero el Espíritu sigue suscitando en nosotros la misma invitación de volver una y otra vez al modo de amar de Jesús de Nazaret; a vencer los miedos resistiendo solidariamente, como Él, junto a todos aquellos que buscan una convivencia más inclusiva y amable, más cuidadosa para toda vida. Y nos mueve a renovar nuestra fe en el valor de cada persona, -como decía el P. Cacho,- a “creer en el otro como un valor en sí, como ser capaz de hacer resurgir la vida”. Fe y confianza en el otro que va abriendo grietas en la afirmación del “no se puede hacer nada” para dar paso a la esperanza.



Carina Furlotti